

COLECCION CHARRERIAS

- I -

LUIS G. INCLAN
GUILLERMO PRIETO



Ediciones
MUNDO CHARRO
MEXICO

RESEÑA DE
DOS CAPADEROS
Y ALGO MAS...

CON EL GUSTO
DE HABER
ESCUCHADO

COLECCION CHARRERIAS

- I -

DON. JOSE DEL CARME
ALONSO LES L
Y CON
EL DESEO QUE
ESTE
LIBRO
LE SEA
DE
UTILIDAD

LUIS G. INCLAN
GUILLERMO PRIETO

RESEÑA DE
DOS CAPADEROS
Y
ALGO MAS...

MEXICO
1979

B. M. B. C.
MIGUEL BECERRIL

31/OCT/2019

© Derechos
reservados
conforme a la Ley.

Impreso en México.

PRESENTACION

Entre los personajes que nacieron y vivieron en México en el siglo XIX, pocos fueron tan pintorescamente notables como Luis G. Inclán (José Luis de Jesús) y Guillermo Prieto. Nace el primero en lo que ya era la "provincia", en Tlalpan (S. Agustín de las Cuevas) y pasa buena parte de su vida en el rancho de Carrasco (cerca del actual Estadio Azteca). Después, se establece en la ciudad de México y se hace impresor, oficio que desempeña hasta su muerte.

Más conocido que el anterior es Guillermo Prieto, quien nacido en la ciudad de México, también pasa algún tiempo de su niñez en el "campo", pues va a residir en el Molino del Rey (Chapultepec), que en aquel entonces se hallaba "muy lejos de la ciudad". En su juventud es modestísimo empleado, más tarde ingresa a la política y llega a desempeñar el puesto de Ministro de Hacienda, al lado de Benito Juárez, de quien a la postre se distancia.

Inclán escribe sobre asuntos campiranos,

un medio que conocía muy bien; todos los protagonistas de sus obras son rancheiros y los sucesidos que relata ocurren siempre en el campo o en poblados pequeños.

Por su parte, Prieto se deleita y nos deleita retratando tipos populares de la capital y alguna vez a los "fuereños".

Tanto Inclán como Prieto, por circunstancias económicas difíciles, hacen solamente estudios bastante superficiales y como reflejo de ello siempre se expresan de manera "popular". Cuando escriben en prosa, igual que cuando "pulsan la lira" no lo hacen en forma muy académica que digamos, sin embargo, sus escritos logran atraernos y emocionarnos y aún más nos identifican con los personajes cantados o descritos.

Ambos escritores son "desaliñados, sin gusto ni sensibilidad artística", pero, el eterno pero, nadie como ellos para manejar el lenguaje popular mexicano. Si leemos *Astucia*, *Recuerdos del Chamberín*, las *Reglas con que un colegial pueda colear y lazar*, etc., o bien el *Romancero Nacional*, los *Versos Inéditos* o los *Viajes de Or-*

den Suprema, nos encontramos con tal cantidad de mexicanismos que se hace indispensable el uso de un diccionario especializado.

Cuando Inclán menciona los "tanginitos" o nos dice que una de sus heroínas es "media marota"; si nos habla de "un maestro tierradentreño" o de un animal "rejejo", amén de hablarnos en "puro mexicano" nos obliga a la respectiva consulta, porque de no hacerlo "nos quedaremos como el que chifló en la loma".

Prieto, el gran Guillermo Prieto es también fuente abundante de giros mexicanos: "zaranda", "metiche", "fafalaises", etc. Todos sabemos que es el cantor por excelencia de nuestras figuras vernáculas: el charro, la china (no confundirla con la cancionera folclórica), el "lépero", el "gris", etc, todos ellos tipos que viven y hacen sentir su presencia a través de su prosa y de su verso.

En estos tiempos de "medios de comunicación masiva", de "oqueis" y "babais", las imágenes nacionales y sus expresiones genuinas, han sido adulteradas en forma

tal que se han tornado irreconocibles y a menos de aceptar que nos “den atole con el dedo” es imposible identificar a un “cantante de ranchero” como auténtico charro mexicano.

Otro elemento de belleza que encontramos en Inclán y Prieto es que la ubicación de las diversas acciones en que intervienen los diferentes personajes de los dos autores está apenas disimulada o figurada con el nombre real del lugar; valle de Quencio, Huamantla, Toluca, Hacienda de Ayala, Barrio de la Palma, Pachito, Hospital de S. Pablo, lo cual aparte de hacer más interesante el relato facilita la localización del sitio.

Al presentar al público *Reseña de Dos Capaderos y algo más . . .*, se intenta rendir un modesto homenaje a los dos más insignes exponentes de nuestro íntimo mexicanismo, que sobre todo a últimas fechas ha sufrido tantos y tan rudos ataques por parte de la “nueva onda” . . . y los otros.

México, D. F., a 1 de agosto de 1977.

ROSALIO CONDE

LUIS G. INCLAN

EL CAPADERO

en la

HACIENDA DE AYALA

THE HISTORY OF THE
CITY OF MEXICO
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
BY DON JUAN DE ALARCON
AND DON JUAN DE LA CRUZ
MEXICO: PRINTED BY DON JUAN DE LA CRUZ
MEXICO: PRINTED BY DON JUAN DE LA CRUZ



Impreso en México.

LUIS G. INCLAN

EL CAPADERO

en la

HACIENDA DE AYALA

Propiedad del Sr.

D. JOSE TRINIDAD PLIEGO

Verificado

En los días 25 y 26 de junio

de 1872

MEXICO

1872

LOIS G. J. J. J.

EL CARABERO

en la

HACIENDA DE AYALA

Propiedad del Sr.

D. JOSE TRINIDAD FIGUEROA

Voluntario

En los días 25 y 26 de mayo

de 1873

100



Impreso en México.

EL CAPADERO EN LA HACIENDA DE AYALA

Por los Pliegos convidado
para Ayala al capadero,
marché a Toluca primero
como se tenía arreglado;
iba bien acompañado
de Manuelito y Barrón,
que con fundada razón
una plagiada temían,
y cruel tormento sufrían
lentos de tribulación.

De las puertas apropiados
fueron en la diligencia,
con la mayor impaciencia
espiando por ambos lados;
preguntaban azorados
con un lívido semblante
al mirar a un caminante:
—¿Qué no hay por ahí novedad?
—No señor. Y su ansiedad
cesaba por un instante.

Por fin el monte pasamos
y acabaron los tormentos,
muy alegres y contentos
en Toluca nos hallamos.
Al otro día madrugamos
y aunque el camino perdimos,
como a las diez estuvimos
en el sitio en que charreaban,
e inquietos nos esperaban
y bien recibidos fuimos.

Si me ayuda la memoria
y me prestan su atención,
les haré una relación
de *apuntes para la historia*.
De la asistencia es notoria,
de don José Trinidad
su franqueza, su bondad,
y a todos sin excepción,
dio pruebas de estimación
y gran generosidad.

En las mesas abundaban
manjares, ricos guisados,
bien hechos y preparados
que el apetito incitaban;
nada que desear dejaban
y en tan amable reunión,
era todo animación,
grato gozar y placer,
ocupándose en comer
lentos de satisfacción.

No menos podía esperar
de tan noble caballero,
que con muy cordial esmero
nos supo bien obsequiar;
muy ajeno de adular
sólo digo la verdad,
y a don José Trinidad,
sus hijos y sus parientes,
daré pruebas evidentes
de que aprecio su amistad.

Pasemos a la charreada,
los dichos, las ocurrencias,
los lances, las competencias,
en los días de la coleada.
Santa Bárbara es llamada
la loma, en un sitio ameno,
con lienzos y un piso bueno
donde se puede correr,
sin algún riesgo temer
en el más limpio terreno.

Allí, pues, se encorralaron
cerca de quinientas reses,
y muy pocas, por tres veces,
en el suelo se rodaron;
algunos toros libraron
pues sumamente ligeros,
constantes y tesoneros,
grandes, robustos, lozanos,
se logran buenos y sanos
en tan fértiles criaderos.

Todos los que no pudieron
tentarlos al arrancar,
sólo a fuerza de azotar
estirarlos consiguieron.
Al pie del cerro al que dieron
nombre de La Campanilla,
una relación sencilla
me propuse relatar,
y primero comenzar
por mi Don Yo de Castilla.

En el caballo *Remiendo*
sólo dí un sentón mal dado,
y en un tordillo quemado
tras de un toro fue corriendo;
pues mis males resintiendo
sufriendo cruel aflicción,
falto de respiración
al punto me convencí,
que ya no soy lo que fui
más que sólo en afición.

Por lo visto, a mi pesar
hasta de correr dejé,
y cual dicen me arrané
dedicándome a lazar;
en ir los toros a echar
mi pena disimulando,
temeroso recelando
y de todo riesgo huyendo,
me estuve solo atendiendo
a cuanto estaba pasando.

Don Jesús desde antemano
pensó portarse con juicio,
mas vencido por el vicio
también mató su gusano;
dio mil pruebas de liviano
aplicadas con maestría,
en el *Mirabién* corría
y aunque dice estar pesado,
es un charro consumado
y su destreza lucía.

Poniéndose de echador
gritaba a los coleadores:
—¡Ahí lo tienen, pecadores,
no se me entuma, señor!
Y el entusiasmo mayor
en su semblante mostraba;
cuando el toro no rodaba
repetía con desenfado:
—¡No hay nada, cayó parado!
Y otro al punto les cortaba.

Don Trinidad travesó
en el *Mitén* y el *Clarín*,
el *Cordobán*, y por fin
el *Aguilillo* ensilló,
y éste se le acochinó;
agraviado u ofendido
demostrándose aburrido
se fue pisando de lado,
llegó a la cerca enfadado
y sobre ella dio el volido.

En el aire fue estirado
por no dejarlo saltar,
y en aquel mismo lugar
quedó arriba atravesado;
de cabeza al otro lado
con varias piedras cayó,
el jinete se libró
sin que resintiera nada
más que una espuela quebrada
que el cuaco tal vez pisó.

Al punto de destapar
demostraba su destreza,
su garbo y su ligereza
en el modo de arcionar;
daba caídas sin cesar
o se entretenía capando,
sobre todos vigilando
olvidando sus abriles,
y a sus años juveniles
estuvo allí recordando.

Nadie cual don Cayetano
en estos días travesó;
más de cien toros coleó
con arrojo sobrehumano;
como diestro veterano
y el más decidido afán,
en el *Cariño* y *Chalán*
no corría sino volaba,
mucho más cuando montaba
el *Mastuerzo* y el *Cancán*.

Por nada se detenía
y regañaba a su criado,
como dardo disparado
de medio corral partía;
se acomodaba y seguía
perfectamente la pista,
y aunque algo corto de vista
su caballo preparaba,
el rabo luego atoraba
con la mano y pierna lista.

Por gusto quiso probar
y correr en el *Deseo*,
que se cayó según creo
porque llegó a resbalar;
se puso el suelo a besar
pero el tío Caye violento,
tan ligero como el viento
muy hábil se desprendió,
y nada le sucedió
parándose muy contento.

Con mucho aplomo Vicente
en el *Clavel*, como un rayo,
lució allí su buen caballo
en alcanzar sorprendente;
medido e inteligente
en el *Tordo* remudó
y a un toro caído salvó
por venir arrebiatado,
y el potro al bozal cargado
pues de falsa lo metió.

Corriendo fue a remudar
en el caballo *Solito*,
tan bueno como bonito
pero se abre al alcanzar;
por último al acabar
el *Tingüindín* le ensillaron,
y allí todos se admiraron
de su mala catadura,
por que siendo de andadura
vieron lo que no esperaron.

Figúrense un charchinita
tordillito atizonado,
muy mal hecho y mal formado
menudear la mondinguita;
mas al arrancar imita
al más ligero lebel
y listo como el *Clavel*
a cuanto toro partió,
Vicente lo porraceó
en ese zambo corcel,

Trinidad de lazador
muy poco esta vez corrió,
porque desde que cayó
tiene un pánico terror;
se estuvo de capador
y en el *Naípe* manganeando,
certeras flores echando
con mucho garbo y acierto,
y sólo hubo un toro muerto
de los que estuvo operando.

Proseguiremos con Chucho
que en el *Remiendo* y *Vapor*,
como diestro coleador
es al atorar muy ducho;
en el *Rayo* coleó mucho,
en el *Catrín* no fue menos,
y en los más cortos terrenos
cual relámpago estiraba,
pues al tentar amarraba
dando jalones muy buenos.

Sin embargo, en un descuido
teniendo un toro lazado,
le partió sobre parado
y el *Vapor* resultó herido;
como estaba adolorido
desde luego reparó,
con la reata se encuartó
sin podérselo chispar,
y cesó de reparar
cuando ya rengo quedó.

Enrique poco avanzó
mientras el *Deseo* montaba,
dificilmente estiraba
mas luego se desquitó,
porque el *Regalo* montó
que es caballo de primera;
pisa firme en la carrera
y es tan útil ese cuaco,
que puede lucir el taco
no sólo allí, donde quiera.

Luis Pliego se demostraba
ser un hombre reposado,
y allá con el licenciado
o el capellán platicaba;
de vez cuando coleaba
cual dicen por no dejar,
pero seguía sin parar
de su padre acompañado,
y el *Nomeolvides* mentado
nada dejó que desear.

No es vicioso en el colear,
las *Cangrejas* son su mole,
manganas de poco atole
y estar listo en amarrar;
por eso sin vacilar
con la reata esta ocasión,
prendió lazos a montón
al fin del lienzo parado,
siendo para eso acertado
y sin vana presunción.

Manuel en la *Chuchería*
los libros dejando a un lado,
alegre y entusiasmado
desaforado corría.
Su papá lo contenía
gritando: ¡Estate aquí paradito,
no me corras Manuelito!
Pero él poco a poco andando,
se le iba de allí ausentando
en el menor descuidito.

Como en leyes practicante
le agradan de todo el foro,
las que se llaman de *Toro*
que aprendió siendo estudiante;
por eso tan arrogante
al código recordaba,
y al torete que le alzaba
suponiéndolo su Vinnio,
hasta cumplir su designio
de estirarlo no cesaba.

—Melito, este día feliz—
dijo don Jesús en tono de exclamación,
—no te cambias por el grande Napoleón
después de la batalla de Austerlitz—

Esto secundaba Luis
con un placer infinito,
mientras el licenciadito
a la *Chuchería* apuraba,
y la espuela le arrimaba
a la salud de la miss.

También Natalio corriendo
bien afirmado en la silla,
muy jinete en el *Mezclilla*
estuvo la pala haciendo.
Una liebre apareciendo
hizo a los chicos correr,
y a cada cual pretender
el seguirla entusiasmado,
con su lazo preparado
para poderla coger.

Rafael y Cayetanito,
Juan Escandón y Vicente,
Chucho María diligente
la siguieron un ratito;
en esto a don Jesusito
por mirar qué sucedía,
ya mero lo antecogía
un toro que regresaba,
y le tiró una cornada
que lastimarlo podía.

Vamos con los Ballesteros;
por don Pablo empezaré,
varios toros le corté
y eran de los más ligeros;
aunque no de los primeros,
descubrió su inclinación
y montado en la *Ilusión*,
una yegua retintita,
también mojó su sopita
en tan clásica función.

Liviano José María
en el *Huérfano* corrió,
y en el *Forastero* dio
caídas de alguna valía;
Eduardito lo seguía
en el *Telégrafo* en pos,
que es muy ligero y veloz
y a su cumplido placer,
nos dieron a conocer
que son charritos los dos.

Silverio el arrendador
ahí quiso aficionar,
la *Gitana* que al llegar
lo hacía llena de temor;
la *Ardilla* con más valor
entró imitando al *Avión*,
Apetito y *Pabellón*
que aunque nuevos se arrimaban,
y buena esperanza daban
de aprovechar la lección.

El intrépido Barrón
en el *Toruno* y *Arete*,
volteaba cual rehilete,
corría como exhalación;
a pulso o metiendo arción
jalaba como podía,
tres mil esfuerzos hacía
a cual más desesperados,
caían los toros parados
y algunos rodar hacía.

Con Ignacio a mete mano
y el más bélico furor,
en el campo del honor
quiso aparecer liviano;
se oyó un grito: —¡A que le gano!
Ignacio dijo furioso:
—¡No me la quite, alevoso,
a mí me toca esta cola!
Y ya mero se hacían bola
en ese instante horroroso.

Los presentes con cuidado
aquella lucha miraban,
por momentos esperaban
un funesto resultado;
fue el toro más avisado
pues aligerando el paso,
se libró de un costalazo
y limpio se fue corriendo,
dejando a los dos diciendo:
—¡Señores, miren qué caso!

Como debo de narrar
un relato verdadero,
no dejaré en el tintero
cuanto allí tuvo lugar;
y así no puedo olvidar
que en los días de tanta holgura,
el Club de la Patadura
o la Sociedad del Hueso,
en el siglo del progreso
en alto lugar figura.

En éstos deben contarse
los vaqueros y los criados,
los por ellos convidados
que allí fueron a rifarse;
pues también debe estimarse
sus grandes hechos y proezas,
sus maneras y agudezas
con que a su modo se explican,
y casos que testifican
su habilidad y destrezas.

José de la Luz sufriendo
regaños de su patrón,
estaba sin ton ni son
en el *Jaripeo* corriendo;
bruto le estaban diciendo
hasta que se embruteció;
Vilchis lo substituyó
que ya viejo atejonado,
sabía mejor hacer lado
y en el *Recuerdo* corrió.

Al atrevido Isabel
le dio un porrazo el *Tabaco*,
pues al repararle el cuaco
sonó como cascabel;
poco menos fue Esquivel
que andaba en el *Mal teñido*,
pues muy torpe y entumido
los estribos le estorbaban,
los brazos no le alcanzaban
y corría todo encogido.

No así Ignacio ni Epigmenio
que en el *Rayo* y *Capitán*,
sin mucho esfuerzo y afán
probaron su buen ingenio;
como ambos son de buen genio
mutuamente se ayudaban,
y aunque mucho se atrasaban
porque al alzar son tardones,
apurando los talones
algunos toros tiraban.

Del *Príncipe* en ese día
allí sus recuerdo deja,
alzó tierra con la oreja
porque clavarse quería;
Nájera con bizarría
se libró de un costalazo,
Patricio en el *Cintarazo*
creo que pretendía volar
con pies y manos nadar
menudeando el talonazo.

Camacho muy empeñado
al *Gallo* quiso elevar,
pero no quiso cantar
aunque fue muy azotado;
mas Aniceto montado
en el guapo *Cucuyé*,
sus hechos relataré,
que aunque tiene pierna tiesa
con alguna más franqueza
allí el desempeño fue.

Varios dichos cada cual
decían al salir el toro:
—¡Alza la patita, loro!
—¡A la cola, caporal!
y en el lienzo o el corral:
—¡Atórale guacamaya!—
—¡Ande, chulo, no se vaya!
Y si acaso no tiraban:
—Es albóndiga—, expresaban,
salió limpio en la batalla.

Leandro más inteligente
en su prieto, el *Pinacate*,
bien manejaba el mecate
y coleaba diligente;
también Lauro prontamente
en el caballo *Palomo*,
dio salitre por el lomo
a los toros con salero,
aunque allí en el corredero
siempre hacía el según y como.

Con un toro mecateado
venía impávido Lorenzo,
y al estar a medio lienzo
el *Tumbaxen* azorado,
del acicate acosado
a los reparos siguió,
que cual pelota saltando,
fue por el suelo rodando
y una mano se torció.

Los dos hermanos Munguía
en el *Tordillo* y *Ratón*
y en el bayito *Doblón*
su ciencia sobresalía;
el arrojado *Mejía*
que en el *Cardillo* coleaba,
algunos dichos soltaba
y alguna vez un refrán,
a *Lucio* que el *Catalán*
al pasar se le atrancaba.

—Métele hueso—, decía,
como to suegra le jala.

—Pues házmelo buena pala—
el otro le respondía.

—Lo eres guaje—, repetía,
acuérdate de la marra.

—Si no lo puedo bien garra
porque lo dejas muy corre.

—Pues píntale, no se borre
o con to lazo te amarra.

Cuando menos se esperaba
no recuerdo quién llegó
diciendo: —¡Se desnucó
Pancho Vilchis, que lazaba!
a Fray Nicolás buscaba
a que fuera a confesarlo;
Trujillo pensó sangrarlo
y una lanceta pedía,
sólo navajas había
con que pretendió picarlo.

El capellán diligente
tan ligero como activo,
no alcanzaba hasta su estribo
y saltaba inútilmente;
su retinta solamente
la monta si está arrimada,
a una altura en que parada
trepe con facilidad,
porque su paternidad
es de estatura cuadrada.

Entre varios lo elevaron
cual un tercio de semilla,
hasta posarlo en la silla
bien sentado lo dejaron;
aunque mucho lo obligaron
correr no se resolvía,
porque su yegua quería
de aquella carga librarse,
respingarle o aplastarse
y del tranco no salía.

Por fin el pobre averiado
aunque fue luego asistido,
estuvo un rato aturdido
o propiamente privado;
cuando estaba en tal estado
su padre que iba alcanzando,
un gran trecho fue rodando
mas parándose risueño,
volvió a subir con empeño
de continuar travesando.

Pancho cual muerto quedó;
su hermano y padre coleaban,
sólo al pasar preguntaban
que si ya el enfermo habló;
se les respondía que no
y fueron tan cariñosos,
tan tiernos, tan amorosos
y su aflicción tan cabal,
que partían para el corral
a correr más afanosos.

El caso fue que lazó
Francisco a un toro corriendo,
y al estarlo deteniendo
el cuaco se atravesó
el bicho los estiró
dándoles tal chiflonazo,
que dieron un zapotazo
tan fuerte como violento,
y allí quedó sin aliento
tendido en el campo raso.

Después de recuperado
solito andando se fue,
hasta descansar al pie
de un encinito copado;
allí se quedó sentado
sin que nadie lo siguiera,
ni de fingido atendiera
su estado convaleciente,
ni un amigo, ni un pariente,
que de él se compadeciera.

También el criado Calixto
un dedo se iba a trozar,
porque torpe al amarrar
anduvo muy poco listo;
preguntando por lo visto
si era cosa de cuidado,
sólo respondía el cuitado:
—Tengo mi dedo partido,
todo el brazo adolorido
y el tanganito pelado.

Lindos caballos llevó
don Trinidad Albarrán;
un chancaco, otro alazán,
pero no los descubrió;
sólo a lazar se metió,
mas don Santiago esta vez
a pesar de ser inglés,
en su gran *Venado* ufano,
corría alegre por el llano
a atajar alguna res.

Tres preciosas cantineras
en la carretela estaban,
y el abasto que llevaban
repartían muy zalameras;
ufanas y placenteras
daban llenas de candor,
bizcochos, chichas y licor
atendiendo aquella bola,
Lala, Nita y también Lola
con la eficacia mayor.

Para la hacienda bajamos
porque ya eran las dos dadas,
y las mejores tajadas
no comimos, devoramos;
por el término brindamos
con vinos y catalán,
comenzando por Inclán,
Tío Caye, también Vicente,
Luis Pliego e inteligente
el sesudo capellán.

En la tarde a jinetear
en becerros escogidos,
en los macheros reunidos
fue un continuo travesear;
otros sólo a manganear
y hubo también capoteo;
terminado el jaripeo
después de muy bien cenar,
cada uno se fue a entregar
en los brazos de Morfeo.

A buena hora el día siguiente
a la reunión se dio tregua,
cada cual jaló la yegua
por camino diferente;
todo acabó felizmente,
muy complacidos quedamos;
con pesar nos separamos
gratos recuerdos haciendo,
y así el tiempo entreteniendo
a Toluca regresamos.

Para mí no concluyó
con esto mi expedición,
en continua distracción
otros doce días duró;
pues don Jesús se empeñó
en que sus haciendas viera,
sus labores anduviera
y sin ser adulador,
que es un sabio labrador
confieso con fe sincera.

Todas las más son en plano
y juntas forman un área
Panzacola, San Antonio, La Macaria.
La Garceza y las otras dos de *Cano*;
en ellas se ve la mano
del hombre trabajador,
que cual buen agricultor
por él mismo dirigidas,
las tiene bien atendidas
y bien dadas de labor.

También la de *La Asunción*
se encuentra bien cultivada,
y además ya fabricada
una hermosa habitación;
allí por más diversión
a los becerros herramos,
los muletos afeitamos
habiendo sus jineteadas,
manganas muy acertadas
hasta que al fin acabamos.

Con la apetencia mayor
nos pusimos a almorzar,
sobre todo a saborear
rico *asado de pastor*;
desde al percibir su olor
otras viandas alejamos,
a comerlo nos lanzamos
pues estaba delicioso
tan bueno como sabroso
y sólo huesos dejamos.

En Toluca sin cesar
perfectamente atendido,
estuve muy divertido
sólo ocupado en pasear;
en ver todo, en visitar,
a conciertos asistiendo,
mil obsequios recibiendo
incluso una tamalada,
y en vida tan regalada
en Jauja estuve viviendo.

En su hacienda visité
también a los Ballesteros,
que ufanos y placenteros
a todos los encontré
al otro día regresé
a seguir mis expedientes,
de entre amigos y parientes
sólo estarme solazando,
y todos me estaban dando
pruebas de aprecio evidentes.

Volví a México contento
y agradezco desde luego,
al señor don Jesús Pliego
su tan franco alojamiento;
igualmente el tratamiento
de su familia apreciable,
que cariñosa y afable
su afecto me ha dispensado,
mil favores prodigado
con un empeño admirable.

A los Pliego les dedico
esta insulsa relación,
y con muy sana intención
yo no adulo ni critico;
por esto, pues, les suplico
la reciban con bondad,
y al ver mi sinceridad
entiendo que aceptarán,
este recuerdo de Inclán
como prueba de amistad.

Aquí hago punto final
ofreciendo con agrado,
ser su servidor y criado
en aquesta capital,
calle San José el Real
Antigua Litografía,
en donde por suerte mía
saben que pueden mandar,
y sus órdenes librar
a todas horas del día.



Impreso en México.